

El latido de Rocavarancolia se aceleraba. Hasta las mismas nubes, alargadas hilachas grises bajo gigantescos cumulonimbos blancos, parecían desplazarse con más velocidad de la habitual, como si tuvieran prisa por abandonar la ciudad, como si supieran lo que estaba a punto de suceder y se negaran a presenciarlo. El contraste entre el movimiento veloz de aquellas masas de agua en suspensión y la majestuosa quietud de piedra del castillo que flotaba en el aire era abrumador.

—No me cansaría de mirarlo nunca —dijo Ricardo—. Es impresionante.

Hector estaba de acuerdo. El castillo era un espectáculo sobrecogedor, aún estando todavía incompleto; flotaba solemne y rotundo en las alturas, a unos cien metros de las calles tortuosas de Rocavarancolia: era un caos de torres y torretas que emergían de tres edificios rectangulares y macizos unidos entre sí mediante puentes curvados.

Había comenzado a aparecer hacía una semana. Primero fueron los tejados puntiagudos de las torres, como descomunales cucuruuchos de barquillo invertidos en el aire. Al día siguiente, bajo los tejados cónicos aparecieron las últimas plantas de las torres, de muros de piedra minúscula e irregular, jalonados por pequeñas ventanas que daban la impresión de estar repartidas al azar por su superficie. Poco a poco, día a día, el castillo se había ido completando con más detalles, se habían ido delineando las arcadas y contrafuertes, las terrazas, la parte superior de la muralla almenada, las banderolas y pendones...

Bruno voló hasta él al tercer día, cuando ya veinte torres completas flotaban en el vacío, tan cerca unas de otras que parecían absurdos ramilletes de piedra colgados del cielo. Desde abajo, le vieron atravesar los muros y en un primer momento pensaron que se había servido de algún hechizo para conseguirlo. Cuando se reunió con ellos en tierra les dijo que no había sido necesario.

—El castillo es intangible. Una presencia etérea que flota en las alturas —les explicó.

—¿Un castillo fantasma?

El italiano se encogió de hombros.

—Quizá... O puede que vaya ganando en solidez una vez esté completo. O tal vez ni siquiera esté aquí, sino a medio camino entre este lugar y otra parte... No lo sé. Y otra cosa: está habitado. Me he topado con gente mientras lo exploraba. Son humanos, al menos la mayoría...

—¿Te han visto? —le preguntó Hector, preocupado por la posibilidad de que aquel castillo representara un amenaza para ellos.

Bruno miró hacia arriba y la chistera se inclinó peligrosamente sobre su cabeza.

—Me han visto, sí, pero no me han prestado ninguna atención. Sospecho que deben estar más que acostumbrados a presencias extrañas en su castillo...

Hector y Ricardo estaban sentados en lo alto de un pequeño promontorio de roca situado al sureste de la ciudad, contemplando la fortaleza inacabada; a su espalda se levantaba un enorme pedestal de mármol grisáceo sobre el que no quedaba ni rastro de la estatua o monumento que hubiera sostenido. Desde ese punto en concreto de la ciudad tenían una vista privilegiada del castillo flotante. Tras el almenar paseaban dos pálidos guardianes, con largas lanzas apoyadas en sus hombros; ambos tenían una larga cabellera blanca y vestían la misma armadura ligera, de color hueso.

Los dos jóvenes permanecieron largo rato en silencio, recostados contra las rocas.

Ricardo le dio un golpecito en el hombro para llamar su atención.

—Fíjate en los centinelas —dijo mientras se incorporaba.

Los dos vigías pálidos se habían detenido en una curva de las almenas y señalaban hacia el oeste, justo en la dirección en la que se encontraba Rocavaragálagó. Aquel día sus muros rojos parecían despedir una movediza bruma escarlata.

—¿Crees que están señalando a Rocavaragálagó? —preguntó Hector.

—¡Claro! ¡Claro que señalan hacia allí! —Ricardo se giró hacia él, con una sonrisa de oreja a oreja—. No solo ellos están apareciendo ante nosotros poco a poco, ¡nosotros también lo estamos haciendo ante ellos!

Acto seguido se levantó y se encaramó al pedestal que tenían a su espalda. Comenzó a saltar sobre él y hacer grandes aspavientos mientras gritaba en dirección al castillo.

—¡Eh! ¡Aquí! ¡Aquí! —gritaba—. ¡¿Podéis vernos?! ¡Los del castillo! ¿¡Nos veis?!

—¿Crees que es buena idea hacer eso? —le preguntó Hector.

—¿Y si pueden ayudarnos a salir de Rocavarancolia? —dijo.

Hector lo dudaba. Se incorporó y trepó él también al pedestal, aunque en ningún momento se puso a dar voces. Contempló a su amigo con el ceño fruncido, pensando si debía detenerlo o dejar que continuara con aquella locura.

Al mirar hacia el castillo vio que los gritos de Ricardo habían llamado la atención de los dos guardias. Uno de ellos había echado a correr hacia el interior de una torre mientras el otro permanecía en las almenas, mirando hacia ellos, alerta, con la lanza entre las manos.

Pronto hubo un gran revuelo en la muralla. De la torre salieron casi un veintena de personas, la mayoría, para inquietud de Hector, soldados, armados con arcos, arcabuces y rifles. Algunos apuntaron en su dirección. Miró de reojo a Ricardo. El rostro de su amigo permanecía expectante. De los recién llegados, dos vestían enteramente de negro, y por su postura y el comportamiento de los que los rodeaban quedaba claro que eran los que más autoridad tenían

allá. Uno era un hombre musculoso que rondaba la cincuentena, curtido y de rasgos duros, el otro un muchacho de apenas veinte años. Ambos eran morenos, con el pelo largo y bien cuidado, y a pesar de la distancia, Hector se dio cuenta de que eran familia, quizá padre e hijo. El más joven lo miraba directamente a él desde las alturas, su mirada era sombría, su porte peligroso. Los dos se contemplaron largo rato, uno en el aire, en las almenas del castillo incompleto, y el otro sobre el pedestal vacío en la ciudad en ruinas. Hector se preguntó cuál sería la historia de aquel joven y qué le había llevado hasta allí, qué magia o ciencia retorcida era la culpable de que ambos coincidieran en ese preciso instante y en ese preciso lugar.